

PRÁCTICAS Y SUBJETIVIDADES PARENTALES: TRANSFORMACIONES E INERCIAS

ALICIA NUDLER Y SUSANA ROMANIUK*

Los procesos socioeconómicos de las últimas décadas —la creciente participación femenina en el mercado de trabajo, la desocupación o precarización del empleo que afecta a muchos varones, el aumento de las separaciones y divorcios y de los hogares monoparentales, la fragmentación de las redes sociales de la modernidad— han obligado a transformaciones en las configuraciones y dinámicas familiares, exigiendo cambios de las subjetividades masculinas y femeninas.

Uno de los aspectos en que más se observan cambios en las últimas décadas respecto de las relaciones de género al interior de las familias es en cuanto a los modos de parentalidad.¹

Los cambios en las formas de parentalidad se asocian, indudablemente, con cambios en los modos de constitución de las subjetividades femenina y masculina. Maternidad y paternidad cambian, además, porque cambia el otro, ya que el concepto de parentalidad, al igual que el de género, no puede definirse por fuera de un contexto relacional. Por eso, proponemos de-

* Proyecto "Subjetividad y género en la familia a la luz de las transformaciones sociales de las últimas décadas" de la Universidad Nacional del Comahue, Argentina, dirigido por Ana María Fernández y del que participan, además de las autoras, Ana Jordán y María Racana.

¹ Ver, por ejemplo, C. Wainerman, 2003.

finir la parentalidad como un complejo sistema relacional de prácticas y de modos subjetivos a través del cual hombres y mujeres crían a sus hijos.

Este sistema se encuentra hoy en plena transición. A partir de material proveniente de terapia de parejas y de entrevistas tomadas en el marco de nuestra investigación, así como de aportes teóricos de diversos investigadores, podemos decir que al menos en los sectores socioeconómicos medios de zonas urbanas en la Argentina, aunque persisten en cierta medida los modelos tradicionales, hay numerosas expresiones de una nueva parentalidad, tendencias esperanzadoras hacia una distribución más simétrica de las tareas de crianza y una creciente democratización de los vínculos familiares.

UNA MATERNIDAD ACOTADA

Sin duda, buena parte de los cambios actuales en las familias se originan no sólo en la creciente incorporación de la mujer al mercado laboral, sino también en las transformaciones de la subjetividad, producto de los importantes movimientos feministas que comenzaron en la década de los sesenta, y que han llevado a que la maternidad deje de ser el único organizador de la identidad femenina.

Esta tendencia hacia lo que Fernández (1993a) ha llamado "maternidad acotada" ha sido también señalada por Badinter (1993).²

² "Modificada por el arrastre epocal y por la decisión de innumerables mujeres que se capacitaron para trabajar en ámbitos no-domésticos, la madre, tradicionalmente perfilada como persona que se resignaba al mero cumplimiento de las tareas de crianza, amplió su espectro identitario: ser madre

Sin embargo, podemos constatar, tanto en el material de la clínica como en las entrevistas, una cierta inercia de la subjetividad moderna, una resistencia de las mujeres a dejar lugar al hombre en la crianza de los hijos. En realidad, no es de extrañar que la mujer se muestre renuente a ceder el único espacio de relativo poder y reconocimiento que tuvo asignado desde la distinción de los espacios público/privado instaurado por la modernidad.

Badinter sostiene que la actitud de la mujer respecto a la implicación paternal no cambiará sustancialmente “hasta que el conjunto de la sociedad no instaure una nueva distribución de los poderes masculinos y femeninos”. Esto muestra que no se trata de una falta de adaptación de mujeres individuales a las nuevas situaciones de vida, sino de todo un sistema social —el patriarcado— que va modificándose lentamente.

También es cierto que, aunque las mujeres que trabajan quisieran acotar sus funciones de maternidad y dejar lugar a sus compañeros en la crianza, y aunque muchos varones se muestran colaboradores, desean y declaran ocuparse más de sus hijos, ellos tienen escaso entrenamiento en estar atentos a lo que la crianza implica —aprendizaje que sí vienen realizando tradicionalmente las madres—. Así, en las familias en las que tanto el hombre como la mujer trabajan, aunque el marido esté más conectado con sus hijos y ponga buena voluntad, la mujer sigue siendo la principal responsable y la que

dejó de instituirse como la realización de la mujer, puesto que las mujeres comenzaron a ser consideradas personas, una de cuyas actividades podía ser ocuparse de los hijos” (Badinter, 1993: 227).

está atenta a lo que ellos necesitan. El varón suele decir: "si vos me pedís, y yo puedo, lo hago", mientras que la mujer tiene que ocuparse siempre, "pueda o no pueda", y es quien memoriza los horarios de las actividades de los niños, la encargada de llevarlos y traerlos, la que está atenta a la ropa que necesitan, etc. (Las mujeres se quejan de que "La que se fija si están hechas las camas, si están los uniformes listos, etc., soy yo" y de que "si yo tengo que salir, tengo que decirle con tiempo lo que tiene que hacer. En cambio, él sale y ya").

Por otro lado, es necesario tomar en cuenta los planteamientos de Chodorow (1978) cuando, al argumentar en contra de la idea de que el maternaje se reproduce por un simple entrenamiento de rol, señala: "...parentar no es simplemente un conjunto de comportamientos, sino la participación en una relación interpersonal, difusa, afectiva. Un maternaje 'suficientemente bueno' requiere ciertas capacidades relacionales que están enclavadas [*embedded*] en la personalidad y en un sentido del yo-en-relación" (p. 33, traducción nuestra). Sostiene ella que en un sistema de crianza materna por excelencia, la temprana relación con la madre va generando en la niña la capacidad para cuidar, así como la habilidad para extraer un goce de ello. Este sistema de crianza genera mujeres que maternan y varones que no lo hacen. Por lo tanto, es lógico pensar que un cambio de roles (por ejemplo, que las mujeres ocupen cada vez más tiempo en trabajos extra-domésticos)

no modifique automáticamente estas características, fuerte marca subjetiva de todo un sistema de crianza.

LOS "NUEVOS PADRES" Y LAS NUEVAS SUBJETIVIDADES MASCULINAS

La crianza como función de las madres ha venido siendo tan fuerte que aún hoy es común encontrar varones de clase media que rehúyen las responsabilidades familiares. Badinter (1993: 204) señala que esto se constata en la sociedad norteamericana, y habla de muchos hombres que al separarse no ven nunca más a sus hijos, no porque su exesposa se los impida, sino porque no sienten deseos ni el deber de hacerlo, como herederos de un "hombre duro" que se prohíbe a sí mismo ser padre (Badinter, 1993: 219).

En algunos varones "su rol paterno tiene una estrecha dependencia subjetiva de su vínculo amoroso con la mujer" (Meler, 1998: 112) y sólo asumen la crianza mientras conviven con la madre de sus hijos. En la Argentina, se puso de manifiesto una tendencia similar a la que Badinter menciona: hubo una primera generación de hombres separados que desertó de su rol parental, tendencia que se viene revirtiendo.

En el trabajo de psicoterapia, vemos muchos padres que dicen querer disfrutar su paternidad y pasar más tiempo con los hijos y, sin embargo, no logran hacerlo ("no puedo, no tengo tiempo, tengo que trabajar para mantener a mi fami-

lia", "tengo que ahorrar para cuando vayan a la universidad"). Algunos de estos padres logran reconocer —atrás de su imperiosa necesidad de trabajar más y más— la presencia de fuertes mandatos. Otros, en cambio, más ceñidos aún por las trampas patriarcales, viven esta situación como una única opción. En ambos podemos constatar un anhelo de intimidad nuevo para la identidad masculina.

En líneas generales, es notoria una tendencia de los hombres a implicarse cada vez más en la paternidad. En Argentina se pone de manifiesto, por ejemplo, en la aparición de asociaciones de padres separados que reclaman su derecho a criar a sus hijos (ver Meler, 1998: 111-112). Cuando sus motivaciones no son meramente las de disputarle un bien a la exesposa o no se trata de celos hacia el nuevo compañero de ella, nos encontramos ante verdaderos "nuevos padres", "deseosos de prodigar a sus niños cuidados primarios" (p. 113).

¿A qué podemos atribuir este nuevo reclamo del ejercicio de la paternidad? Por un lado, podemos pensar que quizá haya disminuido el "horror hacia la feminización", por la mejoría de la condición social de las mujeres (Meler, 1998: 115). Por otra parte, la crisis de la escuela pública en el contexto del neoliberalismo incita a una creciente privatización de la educación, cuyo primer responsable es la familia. Es necesario reconocer también que en un mercado laboral como el actual, con altos niveles de precarización y exclusión, el rol de trabajador ya no proporciona al varón tantas gratificaciones

como antes. En el contexto neoliberal, la pérdida de los organizadores tradicionales de la identidad³ —como el trabajo, los clubes, los sindicatos, etc.—, la progresiva desaparición de los espacios públicos —reemplazados ahora por los *shoppings*, los *home-theaters*, etc.—, sumado a la creciente inseguridad —lo que E. Giberti, siguiendo a Beck, denomina “sociedad del riesgo” (Giberti, 2005: 201-204)— llevan a una revalorización y a una búsqueda de gratificación en el ámbito doméstico, en la pareja y los hijos. Quizá exista actualmente un mayor deseo de los padres de conectarse más con sus hijos, o quizá ese deseo existía ya en muchos varones que, sin embargo, se veían impelidos por el modelo a abocarse al mundo público y productivo.⁴

Actualmente, una buena parte de los varones dice haber roto con el modelo de su infancia y no quiere, en absoluto, reproducir el modelo de su propio padre que juzga frío y distante, desea reparar su propia infancia. Un varón que entrevistamos nos confesaba: “Mi viejo era el típico padre ausente, que nos decía: ‘Estoy trabajando para ustedes’, pero yo se lo reclamo todavía hoy. Yo todavía siento que mi viejo no pertenecía a la casa, sino a la fábrica”.

³ A. Melucci (1996: 43) menciona como coordenadas tradicionales de la identidad personal la familia, la Iglesia, el partido, la raza, la clase. Y D. Tajer (2000: 144) señala: “Se torna necesario captar y relevar las estrategias concretas de los sujetos frente al estallido de muchos de los organizadores posibilitadores de identidades fuertes y depositarios de ansiedades varias de la modernidad: el matrimonio, el trabajo, los partidos políticos, los pactos, algunos referentes o líderes, entre otros”.

⁴ Chodorow señala que tanto Parsons como la Escuela de Frankfurt mostraron cómo la reproducción social generaba hombres que quisieran insertarse en el mundo de la producción capitalista. Ella, por su parte, aportó la explicación acerca de cómo la reproducción social genera mujeres con deseo de matemar.

Dado que esa generación de padres sufría un prematuro desgaste y acortamiento de la vida, como precio por su éxito laboral, actualmente un número creciente de varones se plantea una estrategia vital diferente del destino de sus padres. Quieren encarar de un modo diverso la relación entre trabajo y familia, donde el contacto con los niños—incluso pequeños—es percibido como una fuente de gratificaciones (Meler, 1998: 115-116).

Estos varones generalmente conviven con mujeres que no quieren ser exclusivamente madres y algunos valoran haber logrado aprendizajes significativos a partir del ejercicio de la parentalidad compartido: “Aprendo mucho de ella, porque ella tiene una conexión más psicológica-sensorial con los chicos”, “La sensibilidad del padre cuando te ocupas de tu hijo cambia un montón. No sólo para cumplir la tarea, sino aprender a convivir con un hijo”.

Pero, como dice Badinter, no basta con cuestionar el modelo paterno para ser capaz de crear uno alternativo. No es de extrañar que haya confusión sobre cómo lograrlo y que el “hombre reconciliado” del que ella habla sea hoy todavía una excepción. Ya que:

Es necesario ignorar los problemas de la identidad para creer que una misma generación de hombres, educada bajo el antiguo modelo, puede realizar de golpe el peligroso triple salto: el cuestionamiento

de una virilidad ancestral, la aceptación de una femi-
nidad temida y la invención de otra masculinidad
compatible con ella. El hecho de haber contestado
la identidad de sus padres no les hace estar prepara-
dos psicológicamente para reconciliarse con su femi-
nidad... (Badinter, 1993: 223).

MADRES QUE SE INCORPORAN AL MERCADO LABORAL, PADRES DESEMPLEADOS

La incorporación de las mujeres al mercado laboral,
en familias donde se cumplía un reparto de roles
tradicional, causa malestares, y creemos que esto se debe a la
inercia de las antiguas identidades.

En un caso en el que trabajamos, la madre, aunque profesio-
nal, siempre se abocó al cuidado del hogar y los tres hijos,
mientras el padre trabajaba fuera de la casa, generando la
totalidad del ingreso familiar. Cuando esta familia decide realizar
un cambio de vida y se muda a otro lugar, la madre comienza
a trabajar fuera de la casa. Madre y padre trabajan ahora tiempo
completo. Sin embargo, la expectativa sigue siendo que ella
se ocupe de todo lo doméstico, incluyendo el contacto coti-
diano con los hijos, que ahora son adolescentes. Esto produ-
ce un quiebre, los hijos se encuentran ahora muy solos, porque
la madre no da abasto. Sin embargo, hasta llegar a la consul-
ta, esta situación no era cuestionada; los padres percibían que

los chicos estaban más solos que antes, pero en ningún momento habían pensado que el padre debería ahora ocuparse más de ellos.

Las políticas de ajuste y la consiguiente desocupación masiva propias del contexto neoliberal —especialmente en los casos en que el varón es quien queda sin empleo— han provocado trastocamientos en los roles tradicionales que no siempre han estado acompañados de cambios en las subjetividades.

En el caso de una pareja que concurre a psicoterapia, el marido, a principios de los años noventa, se quedó sin su empleo como técnico en una empresa; la esposa comenzó a trabajar tiempo completo y pasó a ser por épocas la única generadora de ingresos de la familia, complementada por trabajos ocasionales del marido. El marido comenzó a ocuparse de todo lo referido al ámbito doméstico, incluyendo el cuidado del hijo de la pareja, que entonces era pequeño.

Podríamos decir que este arreglo “funcionó”: se generaba el ingreso necesario, el hijo y el hogar estaban atendidos. Sin embargo, se registran diversos malestares subjetivos. La pareja concurre a terapia por ciertos síntomas del hijo, ahora adolescente. Durante las entrevistas se pone de manifiesto que la mujer se siente muy disconforme con la situación, abrumada por el peso de la responsabilidad de ser la proveedora económica, y no soporta ver a su marido en “actividades femeninas”, por lo que constantemente lo descalifica. El varón, por su parte, se siente completamente desvalorizado, ha cedido

la toma de decisiones y manifiesta sentimientos muy similares a los que tradicionalmente han venido padeciendo las mujeres por la invisibilidad y el aislamiento propios del trabajo doméstico. Al no poder cumplir con el mandato de ser el proveedor de su familia, cedió toda autoridad sobre el hijo y pasó a depender excesivamente de la opinión de su esposa. El hijo está fuertemente triangulado y confundido respecto de las figuras de autoridad.

Estas dos situaciones muestran cómo los cambios en las prácticas de parentalidad —forzados muchas veces por la realidad socioeconómica— no implican necesariamente cambios en las subjetividades: el cambio subjetivo es un proceso mucho más lento y complejo que no se acomoda de manera inmediata a los cambios en los roles.

NUEVOS HIJOS E HIJAS: CRIANZA SIMÉTRICA Y DEMOCRATIZACIÓN DE LOS VÍNCULOS

Aunque con dificultades y desfases, estamos sin duda en un periodo de cambios en las subjetividades de hijos e hijas criados en familias innovadoras respecto del modelo tradicional, y creemos que hay dos factores que están contribuyendo a esa nueva subjetividad: por un lado, la democratización de los vínculos intergeneracionales y, por el otro, la crianza más simétrica entre los géneros.

En efecto, la infancia ha ido conquistando progresivamente una identidad social propia. Como se reconoce a partir del análisis histórico de Ph. Ariès, desde la modernidad la infancia pasó a ser el centro de atención de la familia y de las instituciones educativas. El niño fue institucionalizado y fuertemente tutelado por ambas instituciones, con ayuda de la psicología

⁵ A partir de la Declaración de los Derechos del Niño (1959), de la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño (1989) y de la labor de organismos internacionales como UNICEF y UNESCO.

y la medicina. Pero en las últimas décadas,⁵ la infancia se convierte en “una obsesión del pensamiento contempo-

ráneo” (Flandrin, 1984: 157), ya no como “infancia institucionalizada”, como “hijo-alumno” en las expresiones de F. Frabboni (1984: 21 y ss.), o como objeto de “tutelaje” en la expresión de Fernández (1993b), sino ahora como sujeto social, como sujeto de derecho, con lo cual se le reconocen márgenes más amplios de autodeterminación y libertad. Ha habido, así, una democratización de los vínculos entre padres e hijos y se ha reducido la “brecha generacional” que antes existía, por lo que los hijos adolescentes suelen actualmente permanecer más años en el seno del hogar de origen por diversas razones (ver Tajer, 2000; Obiols, 1995 y Burin, 1998).

La democratización de las relaciones intergeneracionales necesita correr pareja con una democratización de las relaciones entre los géneros. Algunas madres y padres declaran su intento de criar a varones y mujeres con las mismas responsabilidades: “Les enseño tareas domésticas a los chicos, que no

les nace del alma decir 'Yo te limpio'. Más que nada quiero que lo hagan para que lo sepan hacer. Mi único hijo varón se fue de acá sabiendo hacer de todo. En casa tenemos el lema 'Hay que colaborar'. Uno lo tiene que aprender de chiquito".

Los problemas psicológicos de los niños han sido tradicionalmente atribuidos a diversas falencias en las formas de crianza de las madres, consideradas las principales —a veces únicas— causantes de todos sus males. Sin embargo, hoy en día es frecuente que frente a problemas de los hijos, los profesionales recomienden una terapia conjunta de los padres.

El conocido trabajo de Nancy Chodorow (1978) explica la reproducción de diferencias en la personalidad y los roles masculino y femenino a través de las generaciones a partir del hecho de que las mujeres son las principales encargadas de la crianza de niños y niñas, y define la "reproducción del maternaje" como un elemento central y constitutivo en la organización social y la reproducción del género.

...el maternaje de las madres se reproduce cíclicamente. Las mujeres, como madres, producen hijas con capacidades maternas y el deseo de maternas. Estas capacidades y necesidades están *adentro* de la relación madre-hija, y crecen a partir de ella. Por contraste, las mujeres como madres (y los hombres como no-madres) producen hijos cuyas capacidades y necesidades de cuidado han sido sistemáticamente cercenadas y reprimidas...

La personalidad masculina, entonces, queda definida más en términos de negación de la relación y la conexión..., mientras que la personalidad femenina incluye una definición fundamental del yo-en-relación. ...Así, las habilidades y preocupaciones relacionales se han extendido en el desarrollo de las mujeres, y cercenado en el de los varones. ...Esto explica la preparación de los varones para esferas no-relacionales y el mayor potencial de las mujeres para las esferas relacionales" (Chodorow, 1978: 7 y 169-170).

El análisis de Chodorow, sumamente iluminador, fue escrito hace casi 30 años, cuando, como ella señala, si las mujeres se encontraban en el hogar tenían la casi absoluta responsabilidad de sus hijos y, además, habían pasado a ocupar cada vez más tiempo en el cuidado de los niños.

Hoy en día la realidad de muchas familias es otra. Sostenemos la hipótesis de que algunos desfases entre los antiguos modelos e identidades y las nuevas realidades sociales son a menudo causantes de síntomas y malestares en los hijos, que aparecen como los fusibles de esta transición. Las nuevas realidades sociales a menudo crean la necesidad de que los padres se hagan cargo de los hijos en mucha mayor medida que antes (y las madres menos), pero aún no se han producido los suficientes soportes identitarios que tornen esto com-

pletamente viable desde el punto de vista psíquico para los padres y madres, lo que termina repercutiendo en los hijos.

Sin embargo, si es cierto, como muestran numerosas investigaciones empíricas incluyendo la nuestra, que la parentalidad está de hecho siendo ejercida hoy de modo más compartido entre hombres y mujeres, y si esta tendencia continúa, será interesante observar los cambios que esta nueva forma de parentalidad pueda producir en los modos de ser hombre y mujer de las generaciones futuras. Sería deseable que contribuyera a lograr identidades menos rígidas, más diversificadas y relaciones que favorezcan las potencialidades de los sujetos, independientemente de su género.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La parentalidad, que hemos definido como un complejo sistema relacional de prácticas y de modos subjetivos a través del cual hombres y mujeres crían a sus hijos, está en un claro proceso de transformación.

Sin embargo, resulta necesario evaluar la dimensión profunda de estos cambios, dada la actual fragilidad de los organizadores tradicionales de la identidad, y dado que, según sostenemos, la transformación subjetiva de la feminidad y la masculinidad aún no corre pareja con los nuevos roles.

Por estos motivos, se producen a menudo desfases y dificultades en la parentalidad de hoy en día; entre otros, la resistencia de muchas mujeres a ceder espacio al hombre en la crianza

y, concomitantemente, la dificultad de muchos hombres de crearse un espacio claro para el ejercicio de una nueva paternidad.

Dado el universo complejo de nuevas formas de parentalidad, creemos fundamental profundizar la investigación en al menos dos áreas. Por un lado, resulta necesario avanzar en estudios sobre familias en que se producen síntomas como resultado de la redistribución de las tareas de crianza, que puedan ahondar con mayor precisión en el desfase entre logros funcionales y transformaciones subjetivas. Por el otro, necesitamos avanzar en nuestro conocimiento sobre los nuevos equilibrios logrados, para entender más profundamente cómo ejercen la parentalidad los nuevos padres y madres, cómo son las relaciones entre ellos y de ellos con sus hijos e hijas, y también, fundamentalmente, para dar cuenta de las subjetividades de género que estas formas de parentalidad van produciendo en las nuevas generaciones.

BIBLIOGRAFÍA

BADINTER, E. XY. *La identidad masculina*. Alianza, Madrid, 1993.

BURIN, M. "La relación entre padres e hijos adolescentes", en BURIN, M. e I. MELER (comps.). *Género y familia*. Paidós, Buenos Aires, 1998.

CHODOROW, N. *The Reproduction of Mothering*. University of California Press, Berkeley, 1978.

FERNÁNDEZ, A. M. *La mujer de la ilusión*, Paidós, Buenos Aires, 1993a.

- *La invención de la niña*. UNICEF, Buenos Aires, 1993b.
- FLANDRIN, J. L. *La moral sexual en Occidente*. Granica, Barcelona, 1984.
- FRABONI, F. *La educación del niño de 0 a 6 años*. Cincel, Madrid, 1984.
- GIBERTI, E. *La familia, a pesar de todo*. Novedades Educativas, Buenos Aires, 2005.
- MELER, I. "Parentalidad", en BURIN, M. e I. MELER (comps.). *Género y familia*. Paidós, Buenos Aires, 1998.
- MELUCCI, A. *The Playing Self. Person and Meaning in the Planetary Society*. Cambridge University Press, Cambridge, 1996.
- OBIOLS, G. y S. DI SEGNI DE OBIOLS. *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria*. Kapelusz, Buenos Aires, 1995.
- TAJER, D. "Subjetividades sexuadas contemporáneas. La diversidad posmoderna en tiempos de exclusión", en MELER, I. y D. TAJER (comps.). *Psicoanálisis y género. Debates en el foro*. Lugar Editorial, Buenos Aires, 2000.
- WAINERMAN, C. "Padres y maridos. Los varones en la familia", en WAINERMAN C. (comp.). *Familia, género y trabajo. Un mundo de nuevas relaciones*. UNICEF/FCE, Buenos Aires, 2003.